

POR
JORGE DE LOS SANTOS,
artista y pensador



EL IDIOTA

EN LA FORMACIÓN ETIMOLÓGICA DEL «IDIOTA» ESTÁ EL RADICAL GRIEGO «IDIOS». LO PARTICULAR, LO PERSONAL, LO PRIVADO, LO QUE ES DE UNO MISMO DA SENTIDO AL SIGNIFICANTE «IDIOS». EN EL IDIOTA ESTÁ EL QUE NO HAYA MÁS FUNDAMENTO QUE «LO MÍO» Y SU CRECIENTE INCREMENTO DE BENEFICIO.

El idiota no puede en ningún caso ser trascendido por nada. Lo personal, lo particular, está en la cúspide de su escala axiológica: nada puede tener más valor que su interés personal. Ninguna causa, ningún propósito, ningún «cielo estrellado sobre mí» ni ningún «orden moral dentro de mí» pueden ser más importantes, siempre debe anteponerse al objetivo, radicalmente idiota, de que lo que es lo particular de mí prospere a toda costa. Ello no implica que un idiota no pueda presentarse como el paladín de las más nobles causas, pero si fuera el caso lo hará única y exclusivamente porque lo suyo propio obtiene un beneficio. En el acto del idiota, lo más noble, altruista y desinteresado deviene una idiotez. La idiotez, en la cadena trófica, es la cúspide; todo lo que está por debajo lo devora, a todo le saca partido propio, todo lo emborriona de idiotez. El fundamento de la idiotez se antepone a todo lo que fundamenta. Por eso no hay solo sujetos idiotas, hay causas idiotas, argumentos idiotas, sentencias idiotas, políticas idiotas y colectivos idiotas. Tantas posibilidades como cuestiones afronte un idiota. El enemigo mortal del idiota, su antimateria, es lo público. El espacio de comunión con los demás. El «otro», para el idiota en su idiota sentido ético o bien es solo un impedimento que anular o bien un útil que manejar a su antojo. Nada que acordar con él, nada que merezca en él sacrificio alguno, nada que amar de él salvo que le permita al idiota medrar y hacer valer lo suyo. Aun así el idiota no se aísla de lo público, no se protege frente a ello, sino que lo explota, lo parasita, lo inunda de idiotez. El idiota no es una tortuga, es una medusa. Transparente y tentacular, lo público lo atraviesa sin que veamos ninguna cortapisa, ningún cierre, ningún pudor, ningún decoro: hasta la digestión en su traslúcido envoltorio es publicitada. Para el idiota, en su imposibilidad de ser trascendido, él y lo público son lo mismo. Su presencia solo se manifiesta por la idiotez que desprende, por el veneno neurotóxico que inyectan sus apéndices y paralizan el hálito de lo público que lo privatiza inundándolo de la toxina de su interés privado.

EL IDIOTA DE NUESTROS DÍAS, AL CONTRARIO DEL IDIOTA clínico que designó el psiquiatra Kraepelin, no tiene una facultad mental menguada, si bien carece de la posibilidad de alcanzar la sabiduría al no poder entender lo sustancial del bien común. Ello no le implica carecer de habilidades cognitivas en su movilidad. Más bien al contrario, es extraordinariamente hábil en su idiota proceder. Sabe ser perfectamente el idiota que es y obtener los idiotas resultados que pretende. Cuando Kurt Cobain a principios de los noventa retrató el mundo (también su mundo) con dos sencillos «versos»: «*Here we are now, entertain us / I feel stupid, and contagious*» solo cabía hacerle una matización. Si lo que hubiera imperado sistémicamente fuera la estupidez, el mundo se hubiera paralizado, se hubiera aturdido, pues lo propio del estúpido es el *stupere*: el estupor, la parálisis. Sin embargo la idiotez es dinámica: permite hacer avanzar las cosas, el que estas se canalicen, se construyan, se dirijan y se consoliden inexorablemente en la idiotez. La idiotez, más incluso que la estupidez, te hace «estar aquí», te permite «entretenerte» y además es extraordinariamente «contagiosa».

EL PROBLEMA HOY NO ES QUE FALTEN EJEMPLOS CONCRETOS E ILUSTRATIVOS DE IDIOTAS, es que el idiota es el ejemplo. Lo difícil hoy no es encontrar a un idiota «colocado» (en la doble acepción de «embriagado» por su idiotez y «posicionado» en la cadena de mando) sino a uno que no lo esté. Ello se debe a que la idiotez no es ya sistemática, no es que se adapte al sistema, sino que es sistémica: forma parte del sistema en sí. Por ello, los libros de autoayuda deberían olvidarse de publicitar todas sus premisas para «ser alguien» en este mundo y acogerse a una muy sencilla que sintetiza todas las otras fórmulas y recetas: «Si quiere usted triunfar, primero idiotícese». Lo sistémico de la idiotez es lo único que explica el mundo y los sujetos que se construyen a diario, y el hecho de que una vez vistos lo uno y los otros pensemos: «Bien, esto nos ha quedado bien». Hay que ser idiota. La idiotez es nuestro progreso y nuestro destino. □



“ Sabe ser perfectamente el idiota que es y obtener los idiotas resultados que pretende”

SHUTTERSTOCK